

## Presentación del libro **Mi Unicornio Azul** del profesor Rigoberto Gil

El pasado 7 de junio en la Facultad de Educación de la UTP, se realizó la presentación de la re-edición del libro **Mi UNICORNIO AZUL** del profesor Rigoberto Gil Montoya, Ensayista, novelista y profesor de la UTP. Doctor en letras de la Universidad Nacional Autónoma de México e integrante de ASPU. La novela fue ganadora del 32° Premio Nacional de Literatura otorgado por la Universidad de Antioquia, en el año 2014.

Relanzamiento contó con la presencia de estudiantes, colegas, la directora del programa Licenciatura en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario, Cecilia Luca Escobar y el profesor Alberto Berón quien fue el encargado de hacer la presentación del libro. A continuación, reproducimos el texto leído por el profesor Berón.

### MI UNICORNIO AUZUL

Por Alberto Berón Ospina

Hace varios años no se produce en la Universidad Tecnológica de Pereira alguna de las escaramuzas que Rigoberto Gil Montoya presenta de manera esperpéntica en “Mi unicornio azul”. El movimiento estudiantil y los profesores que poblamos este territorio hemos cambiado tanto que:

- 1) El universo recreado, imaginado, travestido por Rigoberto Gil Montoya prácticamente se ha desvanecido, los profesores, los estudiantes, los funcionarios han sido tragados por el agujero negro de la jubilación, los hijos, el matrimonio, el trabajo, la cotidianidad, la prolongada división MOIR y el Partido Comunista, vaya uno a saber cuántas entelequias explicativas más.
- 2) El dispositivo literario pone a confluír los más diversos discursos que el narrador tiene en su cabeza, momentos estelares y sofisticados donde se rinde homenaje a Roberto Bolaño, Antonio Muñoz Molina, lecturas recicladas por el recuerdo de las revistas Letras Libres, Alternativa y Quimera, historias de amor leídas en Stendhal, Fitzgerald, Vargas Llosa que trazan la postura del amor al estilo Universidad Tecnológica de Pereira la cual aparece en “Juanmi” y “Juliana”, esos dos anti protagonistas que se ven, pero casi no se tocan, que se persiguen y corretean: él uno escéptico ante las ideologías, pero llevando a cuestras las hormonas de los veinte años, que lo arrojan a buscar a Juliana por los corredores de la universidad. Una Juliana que, como carácter literario, pervive a lo largo de toda la historia de la literatura moderna desde Madame Bovary: risueña, hermosa, atraída por los hombres que se le presentan con ideales utópicos, mientras que “Juanmi” solo quiera sentir el tibio calor de su abdomen.

¿Cómo leer esta novela de Rigoberto Gil Montoya? Se tienen dos tentaciones: una lectura ficcional que necesita de la distancia del lector, como un objeto narrativo técnico, cargado de humor, de intertextualidad, de momentos de cierta poesía. La segunda, es una lectura nostálgica donde el lector puede alegrar su molestia o complacencia con la historia que el escritor propone.

La lectura ficcional nos plantea una narrativa basada en el juego, el humor, pero sobre todo el conocimiento radical de alguien que ha tenido el privilegio de leer de manera voraz y rigurosa la mayor parte de la tradición literaria iberoamericana. Esta novela de 174 páginas parece escrita en un verdadero escenario del comic, donde los personajes se encuentran en medio de una “asamblea permanente”, que puede durar horas, días, meses, pero que finalmente se traduce en los ocho capítulos de la historia.

La novela es humor e ironía y Rigoberto Gil bien lo conoce. Aquellas frases que, en una especie de estrategia social, de escatología revolucionaria, de programa ideológico modelaron a varias generaciones son el punto de partida para cada capítulo: combinar todas las formas de lucha, están dadas las condiciones históricas, un pequeño burgués acomodado en el sistema, Teoría de la clase ociosa, la revolución está cerca, lo políticamente correcto. Gil Montoya toma esas sentencias, esos mensajes que pretendieron tener un hondo sentido metafísico de la historia y las pone a jugar de otro lado: del lado de la literatura.

En sus orígenes el autor pensó en llamarla “Asamblea permanente”, aunque finalmente, escapando a la obviedad se la jugó por “Mi unicornio azul” en un frontal guiño con la “Nueva trova cubana” que pobló de utopías los ya lejanos años ochenta de esa generación que buscaba “unicornios azules” en medio de cigarrillos Piel Roja. Y es que, para ir diciendo las cosas sin irnos por las secas ramas del pasado: quienes escucharon y siguen escuchando a Silvio Rodríguez no se han retirado de la esfera de la utopía, del mundo tres del conocimiento de Karl Popper. En sus páginas caben la historia del movimiento universitario colombiano, del movimiento universitario francés: París del 68, Tlatelolco, el movimiento estudiantil de 2011, La Mane, la misma Universidad Tecnológica de Pereira es el escenario de fondo de esta historia

Los héroes o anti-héroes, se simbolizan en Juanmi, el joven narrador de la historia: universitario, de escasos recursos, por no decir pobre, escéptico en términos filosóficos y obsesionado por esa belleza con reminiscencias a Bernardo Bertolucci que se depositan en Juliana, la joven lideresa estudiantil de una universidad pública de la década de dos- mil. Mientras Juanmi, deja entrever la visión desencantada de quienes vivimos la aplastante ausencia de utopías políticas a finales de los años noventa; Juliana es la muchacha que con un aparente candor se fascina con los discursos que alienten las viejas consignas en defensa de lo público.

La conjura es uno de los temas que más ha apasionado la literatura de Gil Montoya desde los tiempos del “Laberinto de las secretas angustias” sus novelas le han hecho su apuesta a los mecanismos políticos y las acciones radicales que se ejecutan alrededor del poder. La conjura está presente como conspiración, desde las primeras páginas donde “integrantes del comité de vigilancia revelaron que miembros de la policía secreta se habían camuflado y estaban desplegando trabajo de inteligencia en el campus” “...los miembros de ASPU se mostraron de acuerdo en que esas estrategias de tipo político fortalecían los propósitos del movimiento” (Gil Montoya, p.25)

Pero hay también una segunda lectura que gravita bajo las luces de la ficcional: se trata del origen, la memoria oculta, los seres que inspiraron sus personajes, las situaciones anecdóticas que existen tras todo el colágeno, la metáfora, la ficcionalización que permite el objeto pos-operatorio, llamado relato de ficción. Cuánto hay en los desagües de estas páginas que cuentan de un “sueño” un “spleen” de universidad que pareciera ya no existir, encontrarse por fuera, en contra, en contrapunteo del mundo que se ha ido modelando y del cual participamos hoy nosotros. Gil Montoya es hijo del edificio de educación de la Tecnológica, conoce sus recovecos nocturnos desde los tiempos cuando esta universidad contaba con escondites, y en sus noches, acompañado por gotas de lluvia o el sonido de cigarras provenientes del jardín botánico, resultaba posible todavía que el amor asaltara la vida de un estudiante o de un profesor, sin la existencia amenazante de cámaras de vigilancia, manuales de ética, ni “grandes hermanos” presentes y amenazantes por todas partes.

Esa lectura de la nostalgia cuenta de un lugar concreto, de una universidad pública, donde algunos de nosotros llegamos hace prácticamente veinte años como profesores. El narrador de la novela se maravilla de que en pleno siglo XXI todavía se mencione por los corredores de esa facultad a la Virgen del Jordán, como parte del basamento pedagógico del currículo oculto - ahora, amables lectores, caigo en cuenta que la nostalgia produce imágenes y que la virgen empotrada hoy junto a la biblioteca debe tener algo que ver con esas huestes de didactas que formaron varias promociones de licenciados- y que en esa facultad del deseo convertida hoy en proyecto constructivo, anidó la pasión a partir de una formación sentimental en la cual se educó la joven universitaria latinoamericana que tuvo en Love Story –la película- y en “El derecho a la ternura”, del filósofo caído en la artillería paramilitar, algunos de los más importantes sustratos epistemológicos para caminar por los corredores de la universidad del siglo XXI: universidad desposeída de certezas absolutas, salvo la virgen gris empotrada junto a la biblioteca, con muy pocos unicornios azules sobrevivientes de utopías revolucionarias extintas, pero si con nuevas criaturas llamados “pilo” y “pepa”

Esa es la lectura que desencadena la perspectiva de la nostalgia, la revisión de un siglo XX que terminó cayendo al suelo por los disparos realizados contra los unicornios del comunismo y sus sucedáneos; muchachos con mochila, cabelleras largas, prolongadas asambleas extenuantes hasta el cansancio. Pareciera que toda esa narrativa inspirada en promesas colectivas se desmoronó en los extramuros de la hacienda La Julita. Y de todos

esos episodios se solaza Juanmi y el inventor de Juanmi, el escritor que los interviene, al convertirlos en marionetas sometidas a la mano invisible de una narrativa descreída de unicornios azules:

“El campus parecía un inmenso árbol navideño e iluminaba los tránsitos aliviados de los grupos que ahora se sentaban en las praderas y cerca de los guayacanes, en los senderos ecológicos y las zonas de lunch, en los quioscos y a la entrada de los salones, convocados por los chicos dispuestos a rasgar las guitarras y a preservar en las quenenas, las cajas y los charangos, el sentimiento de un pueblo oprimido y necesitado de folclor. Tras la afirmación del espíritu latinoamericano, con fuertes raíces aborígenes, como lo intuyera el empresario Galeano, el canelazo sideral hacía visible, bajo los rayos de plata, cientos de cóndores en vías de extinción...” (Gil Montoya, 163)

Me atrevo a advertir a todo lector defensor de la nostalgia, que allí conviven los unicornios de Eduardo Galeano, Mercedes Sosa, Silvio Rodríguez, León Giecco, José Carlos Mariátegui y el giro decolonial. Que las voces de algunos de estos personajes, le podrán causar irritación ya que Gil Montoya es hijo de Ernesto Sábato, de Jorge Luís Borges, de la torre de marfil, de la distancia del intelectual, del neoliberalismo de Vargas Llosa, del desencanto de los intelectuales latinoamericanos y es posible que ese mundo de las ideologías políticas emancipadoras sea para uno de los hijos más importantes del barrio San Judas un verdadero ajuste de cuentas con ese gran establo donde viven, y hacen el amor, los últimos unicornios felices del sistema: los profesores nombrados de la universidad pública.

Al finalizar la lectura percibo que los dos tipos de lectura que dejo esbozadas: la ficcional y la nostálgica, parecieran encontrarse en el mismo escenario de un siglo XXI donde esos unicornios moribundos siguen dando su batalla, en el mundo tres de Popper, flotan y se mezclan: Trotsky, el comandante Marcos, Abimael Guzmán, el Che Guevara. Ellos son los símbolos, las baladas, los relatos que sobreviven en un mundo atomizado, competitivo, mercadeado, de apariencia desideologizada y libre, pero todavía más ideologizado y más opresivo; en mi percepción mucho más que el mundo del cual se burla Juanmi y en el cual respira la utopía de Juliana.

Al concluir la lectura se cuenta con un objeto literario que se ha instalado en el mundo tres: el mundo de la imaginación, del arte, allí donde pueden cabalgarse los unicornios azules. Para Rigoberto Gil Montoya uno de esos unicornios azules debe ser el de la revolución, pero también la gran asamblea estudiantil soñada, donde “Todo parecía confundirse en unas muestras de excesiva solidaridad, entre gritos, abrazos, caricias de oso polar y erecciones de los compañeros estudiantes” En el universo de esta novela no hay inocencia; ni siquiera los unicornios azules que puede producir el cannabis y las lecturas de Mao Tse-Tung están libres de producir monstruos.

Esta novela puede ser el anuncio del advenimiento del Unicornio Azul parte II, el cual no necesitará de la llegada e instauración del Nuevo Mesías de la Seguridad Democrática en

versión mejorada y con pelambre antioqueña. Imagino para ese momento una gran presentación de Gil Montoya, como sé lo merece, debido a su lucha y amor por la palabra, desde cuando almacenaba historias para sus primeros cuentos, mientras vendía tamales explosivos en las riesgosas calles de la Celia, elaborados por las tiernas manos de su madre.

Alberto Antonio Berón, junio 6 de 2018